

Lobato, Mirta Zaida (agosto 2005). *Representaciones del trabajo femenino bajo el peronismo : la elección de las reinas del trabajo*. En: Encrucijadas, no. 34. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar>>

REPRESENTACIONES DEL TRABAJO FEMENINO BAJO EL PERONISMO [1]

La elección de las reinas del trabajo

La significación simbólica del 1º de Mayo –hasta entonces patrimonio de anarquistas, socialistas y comunistas– fue profundamente modificada durante el peronismo. El acontecimiento adquirió mayor complejidad con la incorporación de las mujeres dentro de esa liturgia. La “fiesta de los trabajadores” culminaba con la coronación de la reina nacional; una belleza criolla, representante de un sindicato o de una actividad productiva de una región. Se incorporaba así un ritual dentro de otro protagonizado por la belleza de la mujer.

MIRTA ZAIDA LOBATO

Profesora de Historia Argentina II (1862-1916) e investigadora en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Archivo Palabras e Imágenes de Mujeres (APIM) y PEHESA - Instituto de Investigaciones Históricas Dr. Emilio Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

El 1º de Mayo como conmemoración y celebración obrera fue profundamente modificado durante el peronismo. Aunque la batalla simbólica por su significado, orientación y simbología había comenzado en el mismo momento de su instauración en 1890 entre socialistas y anarquistas, a los que se sumaron luego sindicalistas y comunistas. Con el advenimiento del peronismo se renovó el combate simbólico sobre su significación y el acontecimiento adquirió mayor complejidad con la incorporación de las mujeres dentro de esa liturgia. La “fiesta de los trabajadores” culminaba con la coronación de la reina nacional; una belleza criolla, representante de un sindicato o de una actividad productiva de una región era coronada ante la multitud por Evita, mientras vivió, y por Perón, a su muerte. La elección oficial de la primera reina del trabajo se produjo el 1º de mayo de 1948 y a partir de entonces se repitió todos los años hasta 1955. Se incorporaba así un ritual dentro de otro protagonizado por la belleza de la mujer.

Muchas son las preguntas que se pueden realizar sobre aquellos acontecimientos, pero en esta oportunidad se intentará contestar los siguientes interrogantes: ¿Cuál era la representación de la mujer obrera? ¿Cuál fue la relación entre belleza femenina y prácticas políticas? ¿Qué sentidos pueden atribuirse a la exaltación de la belleza de la mujer trabajadora? Las respuestas tienen un trasfondo y está asociado con la idea de que la elección de las reinas del trabajo formaba parte de un ritual que había sido profundamente modificado en sus sentidos –el del 1º de Mayo– e incluía otro nuevo al menos en sus usos, la coronación de una mujer bella como reina de los trabajadores a partir de la organización estatal del evento.

La “pobre obrerita” versus la “más bonita de todas las obreras”

La conmemoración del 1º de Mayo y la elección de la reina del trabajo cada 1º de mayo, su coronación en la Plaza de Mayo frente a la multitud, el desfile por las calles de la ciudad tuvieron un sentido ambiguo y complejo en muchos sentidos. Por un lado, el escenario del rito obrero fue modificado cuando fue convertido en espectáculo; en el escenario montado frente a la Casa de Gobierno no sólo estaban las candidatas a reinas

sino que también actuaban conjuntos musicales y de danza. Por ejemplo, en 1952 se desarrolló un programa artístico organizado por la CGT que contó con figuras del teatro, del cine y la radiotelefonía. Desfilaron ante el público la actriz Fanny Navarro quien interpretó el poema Capitana de mi pueblo, Hugo del Carril, Luis Sandrini, Los hermanos Ábalos, Pinocho, Agustín Irusta, Iris Marga, Edmundo Rivero, Carlos Montbrun Ocampo y por último la orquesta típica de Julio de Caro [2].

Por otro lado se transformó la representación de la mujer de las viejas tradiciones obreras. Las imágenes fotográficas y filmicas de las reinas del trabajo replicaban un tipo de belleza ideal, “las bellezas argentinas”, que se acoplaban con la iconografía del peronismo de imágenes hogareñas donde reinaba la armonía y de la mujer dispuesta a dar la vida por los demás, cuyo emblema era la figura de la enfermera. El punto clave es la presencia de la mujer “obrero” convertida en reina.

Esta representación era opuesta a la visión que sobre el trabajo femenino había diseminado la prensa obrera y las publicaciones radicalizadas desde fines del siglo XIX y cuya expresión más clara era la de la “pobre obrerita”. La obrerita era el alma descarriada de los versos de Evaristo Carriego, pero no sólo de él, pues las imágenes se multiplicaban también en las voces femeninas. Por ejemplo en un poema publicado por Luisa Saika en El Carpintero y Aserrador resaltan tres elementos claves de las representaciones del trabajo femenino. La figura del patrón era asociada a una “fiera sanguinaria” que podía abusar de la “mujer honrada” quien prefería perder su trabajo a progresar por medio de su belleza física (“linda cara”).

“Me relató sollozando
Con la pena más amarga
Que el patrón la pretendía
Para hacerla ... capataza;
Como otras muchas que hay
Que en el trabajo adelantan
No porque reúnen méritos
Sino ... por su linda cara

Y así pude conocer
Que aquella mujer honrada
Al no ceder a los deseos
De la fiera sanguinaria
Supo hallar tal recompensa
Como el fin de su jornada ...
Como luchan corazones
De la sangre proletaria” [3]

La tensión entre honra y deshonor aparece en la misma página y de la mano de la misma autora. El trabajo como degradación, como alteración del orden natural, como peligro para la moral de la mujer se había ido consolidando al mismo tiempo que las transformaciones en el orden económico, político y social. En la medida en que se fueron dibujando los roles específicamente masculinos y femeninos se fue afianzando también el papel fundamental de la mujer como esposa y como madre. En una nota breve la autora del poema antes mencionado convierte en ficción una conversación entre una madre y su hija. La joven está insatisfecha con su trabajo porque se encuentra “aprisionada en un círculo de hierro”. Ese círculo es tanto el de la fábrica como el de un orden moral que no le permite la “expansión” que reclama la juventud, en pocas palabras dice la autora/obrero “ya no somos más que la carne de fábrica y únicamente como carne... nos tratan”. La

solución, falsa porque no conduce a la emancipación de la mujer ni contribuye al bienestar de la humanidad, es “el de irse con el primer hombre que les pinte un porvenir lisonjero. Dejarán de ser esclavas del taller para convertirse en esclavas del hombre, es decir dejarán de ser carne de fábrica para ser carne de placer” [4]. En efecto la consecuencia indeseable que acarrea el peso del deber ser femenino asociado al hogar era su constitución como objeto de placer sexual masculino en cualquiera de sus formas, vía el matrimonio o por el ejercicio de la prostitución.

Sin embargo la representación del trabajo femenino en la prensa obrera es la representación de un cuerpo imposibilitado de causar placer. Los cuerpos de las mujeres obreras son escuálidos, sus pechos están exhaustos, imposibilitados tanto de amamantar como de atraer la mirada del varón. El trabajo sólo hace rondar la muerte a su alrededor y de la familia. (Figuras 1 y 2.)

Los dibujos publicados por la prensa gremial construyen dos galerías de representaciones de la mujer. La mujer de figura lánguida, escuálida, vestida de negro, con los niños en brazos aparece tanto en los periódicos anarquistas, socialistas y comunistas y ella representa a la mujer obrera a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX. La excepción la constituye la iconografía anarquista del 1º de Mayo, la libertad está representada por una mujer con un pecho descubierto pero ella ha perdido la desnudez realzada que había pintado Delacroix en “La libertad guiando al pueblo”, incluso cuando se mantiene la figura femenina ella sólo representa la victoria, señala el camino del futuro o se asocia a la fertilidad y al crecimiento. En contraposición las representaciones femeninas en los periódicos socialistas y comunistas se van vistiendo y ocasionalmente aparecen en la gráfica como guías hacia el futuro. Pero en los periódicos comunistas, las imágenes fotográficas de mujeres sonrientes en sus puestos de trabajo fueron sustituyendo los dibujos que mostraban a la clásica figura femenina explotada, cuando se fue afianzando la idea de que la instauración del nuevo régimen en la Unión Soviética ayudaría a lograr la igualdad de varones y mujeres,

Este tránsito en las representaciones de las mujeres de la figura desnuda a la vestida e incluso de su práctica desaparición en la estética obrera del siglo XX fue sugerida por Eric Hobsbawm y asociada a los cambios en la división sexual del trabajo en el capitalismo tanto en el plano productivo como en el plano político. En la medida que trabajo y hogar se separaron y se consolidaron las ideas de domesticidad para la mujer y de trabajo y práctica política para el varón, la iconografía fue cambiando hasta producir el ocaso de las figuras femeninas en las representaciones [5].

En contraposición y aunque explotados por el capital, los trabajadores varones son siempre figuras fuertes vigorosas como símbolo de su potencial liberador. Como además su trabajo se fue definiendo como primordial y el trabajo de la mujer como complementario fue ocupando el centro de la escena. Si en los inicios del siglo XX el torso desnudo de los trabajadores se replicaba en todas las imágenes, también ellos paulatinamente se fueron vistiendo con el overall como símbolo del trabajo industrial. Por otra parte, en la medida en que las fotografías se constituyeron como representación de lo real, los obreros respetables, vestidos de trajes, sentados en sus escritorios (símbolo ya de un lugar de poder y decisión) van poblando las páginas de los diarios.

El peronismo produjo una ruptura relevante en las formas de representar el trabajo femenino y aunque es cierto que buena parte de su discurso político impulsaba la

importancia de la mujer en el hogar, en la práctica otorgó poderosos impulsos a la participación gremial y política. Las mujeres trabajadoras y la dignidad del trabajo se expresaban a través de la belleza que era entronizada cada 1° de Mayo cuando se elegía la Reina Nacional del Trabajo. Pero lo más importante fue que en muchas actividades laborales los sindicatos elegían su propia reina contribuyendo de ese modo a difundir la idea sostenida por el gobierno y los sindicatos que lo apoyaban de que el trabajo dignificado de todos los trabajadores, pero en particular el de las mujeres, y de su belleza inauguraba una nueva era así como auguraba la felicidad del pueblo argentino.

Con la exhibición pública de la belleza de la mujer trabajadora se realizaba una operación ideológica que colocaba junto a la dignificación del trabajo una idea alrededor del requisito de belleza femenina. Las reinas del trabajo eran la imagen del trabajo digno, que estaba lejos del trabajo humillante del pasado y que deformaba a la mujer (y a su prole) popularizada por la literatura y la gráfica de la prensa obrera. La figura de la reina del trabajo encarnaba la combinación perfecta entre la cualidad de trabajadora y la de mujer bella, que por décadas se consideraron como incompatibles, pues con la incorporación de las mujeres al trabajo extradoméstico se afianzó la idea de que la mujer obrera era ante todo una madre-obrera y por lo tanto “un jirón del hogar abandonado”. Además las pobres mujeres obreras sufrían el deterioro de sus cuerpos que se convertían en despojos humanos incapaces de atraer las miradas del deseo masculino y, para colmo, afectaban la salud de las futuras generaciones. El trabajo industrial suprimía la belleza y las consecuencias de las labores eran consideradas como negativas.

La más bella obrerita

El potencial de la belleza como espectáculo y como parte de la propaganda del régimen peronista fue promovido inicialmente por el diario El Laborista en 1947. Durante varios meses las mujeres fueron instadas a enviar sus fotografías al periódico donde se publicaban diariamente con el objetivo de atraer el voto de los lectores. El Laborista puso un requisito importante; todas las mujeres que mandaran sus fotografías debían estar afiliadas a un sindicato. Pero fue en 1948 que se produjo un cambio radical cuando la elección de la reina se hizo en la plaza de Mayo, ante una multitud, por un jurado masculino (la excepción fue la presencia de Eva Perón). Los miembros del secretariado de la Confederación General del Trabajo (CGT) y dirigentes gremiales, Juan Domingo Perón, el presidente de la Nación eran las voces autorizadas. Un solo año, el de 1948, participó también el cardenal arzobispo de Buenos Aires Monseñor Copello.

Desde entonces las jóvenes candidatas llegaron cada 1ª de mayo a la ciudad de Buenos Aires, eran coronadas por Evita o por Perón, recibidas por los gobernantes en la Casa de Gobierno, agasajadas por los sindicatos y por la Fundación Eva Perón. Ellas visitaban los diarios adictos al gobierno, algunas fábricas, recorrían la ciudad de Buenos Aires y conocían nuevas geografías.

Las reinas eran mujeres jóvenes que realizaban una verdadera actuación en el amplio escenario del espectáculo que se organizaba en la ciudad de Buenos Aires. Eran recibidas por pajes, lucían amplias capas, tenían su trono y la admiración de la población. Pero su condición de mujer trabajadora era relativa; en realidad la representante de las fuerzas del trabajo no tenía que ser la más laboriosa sino la más linda.

El espectáculo reforzaba una “cultura de la belleza” como parte importante de la nueva cultura de masas y servía también a los propósitos del régimen peronista. El espectáculo

servía para “dignificar” a las fuerzas del trabajo y a la mujer obrera, ayudaba a fijar papeles tradicionales de manera rígida y, al mismo tiempo, los democratizaba al producirlos en gran escala y hacerlos visibles para la multitud. Por un lado realizaba una importante incorporación de los asalariados varones y mujeres con el reconocimiento del derecho al bienestar y, por otro, colocaba la imagen de la realeza (la reina del trabajo) como representación de ese reconocimiento.

Quizás el sentido más importante atribuible a la repetición del ritual festivo y a la glorificación de la belleza de las mujeres (de la cabellera, los ojos, la sonrisa) era el reconocimiento de que ellas podían formar parte del espectáculo visual que orientaba los festejos en el primer peronismo, al mismo tiempo que daba forma a una experiencia político cultural donde las mujeres ocuparon un lugar preponderante pero subordinado.

Notas

[1] En este trabajo se retoman las cuestiones analizadas en Mirta Zaida Lobato (editora), Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2005, que contó con un subsidio del Programa Cultura BA- Programa Metropolitano de Fomento de la Cultura, las Artes y las Ciencias del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, investigación que dio origen a la muestra fotográfica Las Reinas del Trabajo. Belleza, Virtud y Producción, Argentina en el siglo XX, Espacio Casa de la Cultura, Avda. de mayo 575 (30 de marzo al 30 de mayo de 2005) y al documental Compañeras reinas (Álvarez, 2005). Se basa también en la investigación de la misma autora titulada Palabras proletarias. Utopías, derechos y ciudadanía en la prensa gremial del Río de la Plata, 1890-1958 (mimeo, 2005). Ambas investigaciones fueron desarrollados para el proyecto UBACYT “Trabajadores: cultura y política”.

[2] Democracia, 2 de mayo de 1952.

[3] “El alma de la fábrica. La obrerita”, El Carpintero y el Aserrador, Buenos Aires, junio de 1923.

[4] “¿El trabajo es honra?”, en El Carpintero y el Aserrador, Buenos Aires, junio de 1923.

[5] Eric Hobsbawm: “El hombre y la mujer: imágenes a la izquierda”, en El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Editorial Crítica, Buenos Aires, 1987.